

relativamente templado de esta isla; por el contrario, en el Spitzberg deben encontrarse tan solo zorros blancos, según las noticias que hasta hoy han podido adquirirse.

Es digno de notarse que una zorra de esta especie encerrada en un cuarto caliente en San Petersburgo, conservó siempre blanco su pelaje de invierno.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—El zorro azul habita los países polares, cubiertos de hielo, del antiguo y del Nuevo Mundo, lo mismo las islas que el continente. Debe admitirse que se ha extendido en tan vasta superficie con las montañas de hielo: muy á menudo se ven trasportados estos zorros así al mar; y en muchas islas solitarias son los únicos mamíferos que se encuentran comunmente en gran número, hecho que no se puede explicar sino por sus emigraciones con los hielos. El zorro azul se multiplica en todos los puntos donde se le encuentra, y es muy abundante, sobre todo, en las islas que no puede abandonar fácilmente. Todos los pueblos del Norte le conocen muy bien: los rusos le llaman *Pes-sesz* (perrillo), los tártaros *Aik-tilkoe* (zorro blanco), los yakutas *Kyrrsa*, los samoyedos *Noga* y *Sellera*, los ostiacos *Kioen*, los tungusos *Tschítara*, y los groenlandeses *Terenniak* y *Kaka*, etc.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—No puede decirse que el zorro azul sea apreciado del hombre: su impudencia y su osadía irritan á todo el mundo contra él, y se le considera como una calamidad.

Solo cuando hace mal tiempo ó se halla en sitios poco seguros se retira el zorro azul á la abertura de una roca, ó á una madriguera hecha por él mismo, de la cual no sale hasta la noche. Allí donde no tiene nada que temer del hombre, no se toma esta molestia, limitándose á ocultarse entre las piedras y en los jarales, desde donde acecha su presa. No desprecia alimento alguno, si bien prefiere el animal: sirvenle de pasto los mamíferos mas débiles que él, particularmente los pequeños roedores; persigue en un espacio de varias leguas á las manadas de lemmings, atravesando tras ellas los rios y brazos de mar, y de este modo es presa de los zorros la cuarta parte de aquellas. Devora todas las aves de mar ó de ribera, tales como los chorlitos y las ortegas, cuyos huevos y crías destruye tambien; se come los animales que el mar arroja á la playa; y cuando el hambre le acosa, se alimenta hasta de excrementos. Penetra en las casas y roba todo cuanto puede coger, aun las cosas que no le sirven de nada. Steller, uno de los compañeros del navegante que dió su nombre al estrecho de Behring, cuenta que en la isla que allí se encuentra se apoderaban los zorros de los vestidos, y hasta del calzado de los hombres que dormían. Cuando el animal logra alimento en abundancia, esconde una parte y la encuentra luego si vuelve á buscarla; lo mismo hace en el caso de temer que le acose el hambre. Una vez lleno su almacén, le cierra y le iguala por la superficie, de modo que no se pueda observar cosa alguna.

«Abunda, dice Newton, en las cimas de las montañas. Nosotros le hemos visto, añade el citado observador, no solo en las inmediaciones de las rocas donde anidan los halcones, sino que tambien oímos varias veces sus incesantes ladridos. Es sin duda alguna el enemigo mas temible de todos los pájaros que hay en la isla, y el miedo que estos le tienen, parece ejercer grande influencia en la eleccion del lugar en que hacen sus nidos. No sé de qué podrán alimentarse estos zorros, cuando las aves acuáticas emigran del Spitzberg y no queda en esta isla otra ave que la chocha blanca. La gran mayoría de ellos permanece en el país, y no son menos activos en invierno que en verano; pero como no hay en el Spitzberg bayas que puedan servirles de alimento ni pueden tampoco beber agua, entonces no se puede suponer otra cosa

sino que tienen acumuladas algunas provisiones, entre las que podrían juzgarse como tales los muchos peces que en un lugar muy resguardado de un ventisquero, encontré en cierta ocasion.»

Se encuentran con frecuencia estos zorros en manadas numerosas, aun cuando no parezca reinar mucha armonía entre ellos, puesto que traban entre sí sangrientas luchas. Uno de los individuos acomete al otro le hace rodar por el suelo, le pisotea y le mantiene así inmóvil hasta que cree haberle mordido bastante; los dos combatientes gruñen como gatos; cuando se hallan irritados aullan muy fuerte, y rara vez se oye su voz en otras circunstancias. Estos zorros no se hallan muy mal dotados respecto á sus facultades intelectuales; pero ofrecen en sus costumbres contradicciones tan notorias, que muchas veces no se sabe uno qué pensar acerca de ellos. Todos los individuos observados daban pruebas de astucia, de discernimiento y de destreza; y por otra parte manifestaban una estupidez nunca vista en ningun otro animal. Yo mismo he podido convencerme de ello: en el Dovrefjeld, despues de ponerse el sol, encontramos, mi cazador noruego y yo, un zorro azul, contra el cual disparamos nuestras armas siete veces; como se acercaba la noche y no era posible apuntar bien, no le tocó ninguna bala; y lejos de emprender la fuga, el animal nos siguió aun por espacio de veinte minutos, como hubiera podido hacerlo un perro bien enseñado. Solo cuando estuvimos fuera de las rocas juzgó oportuno retirarse, y entonces le tiramos algunas piedras, que le tocaron, pero tampoco bastó esto para que apresurase su marcha.

Mi cazador me refirió que á menudo habia cogido con las manos zorros de estos, que iban á sentarse delante de él y le miraban con curiosidad, atreviéndose una vez á roer la piel de rengifero con que se abrigaba. Todos los inviernos saqueaban su choza, aislada en la montaña, y veíase obligado á tomar toda clase de precauciones para librarse de dichos animales. Solo cito estos hechos, de paso, para demostrar que el zorro azul es en todas partes lo mismo.

Steller, navegante del siglo último, es el que ha dado la mejor descripción del zorro azul y la que ofrece mas atractivo, por lo cual creo oportuno reproducirla íntegra en este lugar.

«Los únicos cuadrúpedos que se encuentran en la tierra de Behring son los zorros azules, que han llegado allí llevados por los hielos, y que alimentándose de todo cuanto el mar arroja á la playa, se han multiplicado de una manera increíble. Durante el tiempo que por desgracia hubimos de permanecer en aquellos lugares, sobráronme ocasiones para observar las costumbres de este zorro, que sobrepuja en mucho al nuestro en cuanto á impudencia, astucia y destreza. Las jugarretas que nos han hecho no son comparables sino con las de los monos de Alberto Julio, en la isla de Sarenburg. Lo mismo de día que de noche, penetraban en nuestras viviendas y robaban cuanto veían, aun aquellas cosas de que no podían utilizarse, tales como cuchillos, bastones, sacos, zapatos, medias, gorros, etc. Arrebatában de nuestros toneles de viveres un peso de varias libras, y apoderábanse de la carne con tanta habilidad, que al principio no se nos ocurrió que fuesen ellos los ladrones. Cuando desollábamos un animal, dejábanse matar siempre dos ó tres de estos zorros á cuchilladas, porque venían á cogernos la carne hasta de las manos. Si enterrábamos alguna cosa, aunque fuese á mucha profundidad, poniendo luego encima grandes piedras, apartábanlas á un lado ayudándose unos á otros; y si la colocábamos en la punta de una elevada columna, la minaban por debajo, dejándola caer, ó bien trepaba uno de ellos como un mono y tiraba lo que queríamos conservar. Obser-

vaban todos nuestros actos, acompañándonos á todas partes: si el mar arrojaba un animal á la playa, devorábanle antes que cualquiera de nosotros tuviese tiempo de llegar, y si no podían comérselo todo, llevábanse á nuestra vista los restos para conducirlos á la montaña y enterrarlos. Entre tanto hacían centinela otros individuos con el objeto de anunciar la llegada del hombre. Si álguien se acercaba, practicaban entre todos una excavacion y enterraban un castor ó un oso blanco, con tal destreza, que no se podía ya encontrar el sitio. Cuando dormíamos al aire libre por la noche, nos quitaban los gorros, los guantes y las pieles que nos servían de abrigo; nos echában sobre los castores cazados durante el día, á fin de que no se los llevasen; pero aun así, fueron á devorarles las entrañas debajo de nosotros. En fin, no dormíamos sin un palo en la mano para ahuyentar á tan importunos huéspedes.

»Cuando nos deteníamos en algun punto, nos esperaban haciendo mil diabluras á nuestra vista, y envalentonándose despues cada vez mas, acercábanse hasta roernos los zapatos. Si nos echábamos como para dormir, venían á olfatearnos la nariz á fin de ver si nos habíamos muerto; y cuando reteníamos el aliento, trataban de morder. A nuestra llegada se comieron las narices y los dedos de los compañeros de viaje que habian perecido, aprovechando el instante en que abríamos sus fosas; y acometieron tambien á los enfermos y heridos. Cada mañana se les veía correr por entre las focas y los osos blancos que estaban echados en la ribera: olfateábanlos para ver si dormían ó habian muerto, y cuando hallaban un cadáver, lo despedazaban al momento. Durante la noche aplastan las focas con frecuencia á sus pequeños, y como los zorros lo saben bien, van todos los días á primera hora á inspeccionar á estos animales uno á uno, y se llevan los cadáveres cuando los encuentran.

»Como no nos dejaban descansar ni de día ni de noche, nos irritó esto de tal manera, que comenzamos á matarlos á todos, jóvenes y viejos, martirizándolos por cuantos medios se nos ocurrían. Al despertar por la mañana teníamos dos ó tres muertos á nuestros piés; durante mi permanencia en aquellos lugares, yo solo inmole lo menos doscientos; y al tercer día de mi llegada di muerte en tres horas á mas de setenta y dos, cuyas pieles sirvieron para guarnecer el techo de nuestra cabaña.

»Son tan voraces que se les podía alargar un pedazo de carne con una mano y darles un hachazo con la otra. Cuando nos poníamos al lado del cadáver de una foca, provistos de palos, y con los ojos cerrados, llegaban al momento, poníanse á comer y se dejaban matar, sin que ninguno tratase de huir. Algunas veces practicábamos un agujero, donde se echaba carne, y apenas volvíamos la espalda, ya estaba el sitio lleno de zorros, á los cuales nos era fácil matar á palos. No los desollábamos siquiera porque no teníamos en aprecio su hermoso pelaje; solo se les hacia una guerra continua por considerarles como nuestros mayores enemigos. Todas las mañanas arrastrábamos por la cola hasta el lugar de la ejecucion á los que habíamos cogido vivos; á unos se les cortaba la cabeza ó los miembros; á otros se les saltaban los ojos, ó bien los colgábamos de dos en dos por los piés, y entonces se mordían hasta matarse; á muchos de ellos se les quemó vivos, y algunos murieron á latigazos. Lo mas divertido era coger á un par de ellos por la cola y cortársela mientras hacían esfuerzos para huir, pues apenas separado este órgano daban mas de veinte volteretas en redondo. Todo esto no bastó, sin embargo, para alejar á los demás de nuestras viviendas, y al fin llegó día en que vimos por la isla á muchos individuos sin cola ó con tres patas.

»Cuando no podían llevarse un objeto perteneciente á

nosotros, un vestido por ejemplo, orinábanse encima y todos cuantos pasaban luego hacían lo mismo. Puede muy bien deducirse del hecho, que aquellos zorros no sabían lo que era el hombre, y que el temor á este sér privilegiado no es en los animales un sentimiento innato, sino mas bien una idea adquirida.»

Esta opinion de Steller es errónea: si los zorros azules aprendieran con la experiencia, se distinguirían los que existen en Noruega de los que habitan la isla Behring, y vemos que en todas partes son lo mismo. El zorro ordinario habita en la Escandinavia, al lado del zorro azul, y es tan astuto y tan hábil como el nuestro.

La época del celo es en abril y mayo, en cuyo período gritan mucho los zorros azules, y á menudo mayan como los gatos; agítanse día y noche y luchan encarnizadamente. A mediados ó fines de junio pare la hembra en una caverna ó en la grieta de una roca, nueve ó diez pequeños, y á veces doce, y por lo regular elige su retiro en la cima ó la falda de la montaña. Ama á sus hijos tiernamente, y aun demasiado, pues los descubre al querer protegerlos: cuando divisa á un hombre ladra como un perro, sin duda para alejarle, y de esto viene probablemente el nombre de *perrito* que han dado los rusos al zorro azul. Si la hembra observa que su retiro ha sido descubierto, traslada sus hijuelos á un lugar mas oculto; cuando la matan, su progenie persigue al culpable día y noche, y si no la matan, no le deja hasta haberse vengado.

CAZA.—Se persigue á este animal, no solo con el fin de exterminarle, sino tambien para obtener su piel, por mas que no sea muy apreciada. La manera de cogerle es particular: durante las fuertes nevadas, los zorros azules suelen construir una galería, en cuyo fondo habitan; y este es el momento que aprovechan los ostiacos y los samoyedos. Remueven la nieve con una fuerte pala de asta de rengifero, cogen al zorro por la cola y le estrellan la cabeza contra una piedra. Para averiguar si el animal se halla ó no en su galería, el cazador aplica el oído á la entrada, removiendo á la vez la nieve con el instrumento: si el zorro está, despiértase pronto y manifiesta su presencia con aullidos y estornudos.

Las águilas marinas y tambien los halcones, son para el zorro azul enemigos peligrosos: Steller vió á una de aquellas aves arrebatar entre sus garras á un zorro, cruzando con él los aires; al llegar á cierta altura lo dejó caer y se hizo pedazos en tierra.

Si se cogen jóvenes pueden domesticarse los zorros azules, y siguen á su amo lo mismo que un perro; pero son siempre muy excitables; apenas se les toca, gruñen, y sus verdes y brillantes ojos revelan la malignidad que les distingue. Si se ponen varios juntos en una jaula no viven en buena armonía: en el jardín zoológico de Hamburgo se precipitaron dos zorros azules contra su compañero y le mataron.

LOS FENECS—FENECUS Ó MEGALOTIS

CARACTÉRES.—A la seccion de los zorros pertenecen tambien dos especies africanas notables por sus airosas formas y sobre todo por sus grandes orejas, cualidad que ha inducido á los naturalistas modernos á distinguirlas genéricamente de los zorros propiamente dichos. No obstante, mientras que los unos los clasifican bajo el mismo apelativo de *Fenecus* ó *Megalotis*, los otros consideran á las dos especies como tipos de dos grupos distintos, que se diferencian por la forma y el número de dientes. Sea lo que quiera de este carácter, los fenecs son ciertamente congéneres por el gran desarrollo de las orejas.

Una de estas especies habita en el desierto y la otra en las estepas, presentando ambas los caracteres de verdaderos pigmeos en su patria respectiva. Basta conocer superficialmente las condiciones de vida que ofrecen estos países, para distinguir al punto los animales del desierto de los que viven en las estepas.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—He dicho ya que los primeros, es decir, los hijos del desierto, tienen caracteres particulares. Esa inmensa patria ha impreso en los seres que la habitan un sello especial: vemos que difieren de los otros animales por su pelaje y ligera estructura; el primero, que tiene poco mas ó menos el color de la tierra, solo se cambia por un tinte amarillo sucio; y el cuerpo es proporcionalmente pequeño, aunque esbelto y gracioso, propio para ejecutar rápidos movimientos con la seguridad mas sorpren-

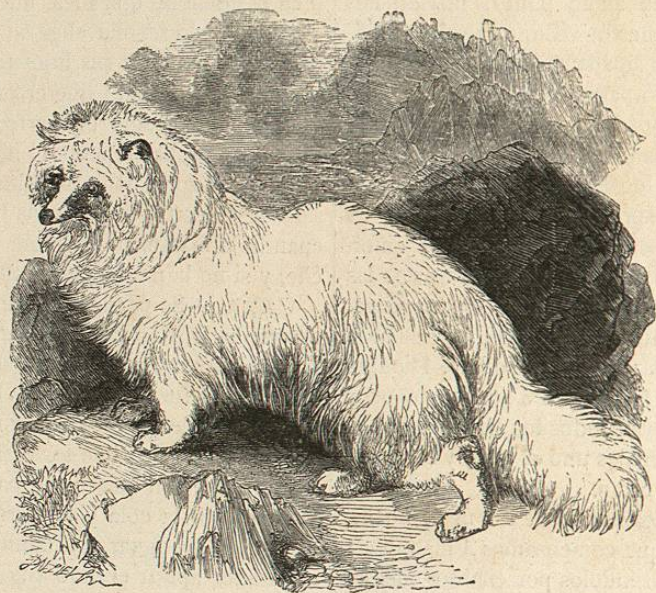


Fig. 240.—EL ZORRO AZUL, ZORRO DE LOS MARES POLARES Ó ISATIS

de sus hijos la fuerza y la agilidad necesarias, aguzando sus sentidos, á fin de que encuentren mas pronto lo poco que su árida patria les ofrece.

EL ZORRO CAAMA—VULPES CAAMA

CARACTERES.—El caama (fig. 241) es un zorro pequeño de graciosas formas y color leonado.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Se encuentra en los alrededores de la ciudad del Cabo, y particularmente en el Carou, por las estepas desiertas del sur de Africa.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—El caama es un carnívoro peligroso para los pájaros que anidan en tierra, y sobre todo para sus pequeños, á los que sorprende diestramente cuando están dormidos. Hasta se ha dicho que come los huevos de avestruz y que podía devorar uno de una sola vez, pero esta opinion no se apoya sino en lo que cuentan los cafres. Un huevo de avestruz basta para alimentar de sobra á cuatro hombres; y á cualquiera se le resiste creer que un animal cuyo tamaño es una mitad menor que el de nuestro zorro, pueda comer mas que cuatro personas juntas. Tampoco es posible que á este pequeño animal le sea dado mover semejante peso si no le ayuda uno de sus semejantes. El caama rueda el huevo, segun dicen, desde el nido hasta su madriguera; pero como son sus dientes muy débiles para romper la dura cáscara, y el diámetro demasiado grande para su boca, el animal sale de apuros empujándolo por encima

dente. Sus sentidos están muy desarrollados; todos estos animales son de carácter alegre; gústales correr en libertad, y es inextinguible su sed de independencia. El beduino de curtida y amarillenta piel tiene tan libre el cuerpo como la inteligencia; y lo mismo les sucede á los animales superiores de su país, que necesitan el desierto para respirar y vivir. Pueden presentarse variaciones en la coloracion, pero en cuanto al instinto, todos ellos son iguales.

Al contemplar los seres de aquellas tierras deshabitadas, casi está tentado uno á adoptar, como bueno y fervoroso creyente, la doctrina de las causas finales. El desierto es demasiado pobre para poder alimentar animales de gran tamaño; por eso no se encuentran sino especies pequeñas que necesitan menos alimento, y aun este es tan escaso, que cuesta mucho encontrarlo; pero el desierto ha dado en cambio á

de las piedras hasta que se rompe, y entonces se traga ávidamente el contenido.

CAZA.—Es tan activa la que sufre esta especie, que cada vez se va alejando mas.

El caama ha desaparecido casi completamente de los alrededores del Cabo, y no es tampoco numeroso en el interior de Africa, por cuya razon se le encuentra muy pocas veces en las colecciones.

En muchos tratados de zoología no se habla de él, ó acaso se halla confundido con otras especies del Africa central, que muchos naturalistas no consideran separadamente porque tienen la misma fórmula dentaria que el zorro. El naturalista de gabinete, segun parece, encuentra en esto suficiente motivo para rechazar la independencia especifica del animal.

USOS Y PRODUCTOS.—Los cafres y los hotentotes aprecian mucho la piel del caama para hacer sus albornoces ó *caros*, es decir, la parte principal de su traje, y la que mas desean tener. Atendido el tamaño del animal, ya se comprenderá que se necesitan muchas pieles para preparar dicha prenda; por esto se considera de bastante importancia entre las tribus cafres la caza del caama.

EL FENEC ZERDA—FENECUS Ó MEGALOTIS ZERDA

Cuando el sol abrasador de Africa comienza á desaparecer del horizonte, y recobran los seres nueva vida al aspirar la

fresca brisa de la noche, da principio á sus peregrinaciones nocturnas todo un enjambre de animales sombríos, aunque de graciosas formas. Son estos los chacales ladradores, los caracales, las hediondas hienas ó los linceos del desierto; y entre ellos aparece el gracioso fenec, sér mas característico aun que la gacela de aquella region.

CARACTERES.—Este animal, llamado por los moros *zerda*, y *fenec* por los árabes y los habitantes del valle del Nilo, representa la mas pequeña de todas las especies del grupo de los zorros (fig. 242).

Tiene cuando mas 0^m,65 de largo, comprendida la cola, que mide de 0^m,20 á 0^m,22; su altura hasta la cruz llega apenas á 0^m,20, distinguiéndose por sus delicadas formas. Tiene el hocico fino, la cabeza prolongada, finas las piernas, larga la cola y con abundante pelo; los ojos grandes, de pupila redonda é iris pardo; y las orejas notables, pues no se ven otras como ellas entre los demás zorros, ni tampoco en toda la fa-

milia de los perros. Casi tan largas como la cabeza, y anchas á proporcion, comunican á este animal un aspecto extraño, asemejándole en cierto modo al murciélago orejudo. Su borde interno está guarnecido de pelos blancos, y desde la abertura del conducto auditivo parten dos mechones, que se continúan hácia la punta de la oreja como una barba, y van siendo gradualmente mas cortos y mas finos. El hocico se halla provisto de un mostacho largo y cerdoso, y el pelaje, muy suave, se aumenta en invierno con un bozo espeso, que cae en el momento de la muda. Habitante de un país tan cálido, el fenec no necesitaria su abundante pelaje, si no fuese por naturaleza muy sensible al frio. La parte superior del cuerpo es de color de tierra, y la inferior blanca, asi como la mancha que se encuentra encima del ojo; por delante tiene una lista oscura; la cola es de color de ocre, con el extremo negro y una mancha del mismo tinte en la raíz.



Fig. 241.—EL ZORRO CAAMA

El pelaje de la hembra, cuyo color tira mas al amarillo de paja, palidece cuando llega el animal á la vejez.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Este curioso animal, que fué el primero en darnos á conocer Mr. Skjoldebrand, cónsul sueco en Argel, y del que mas tarde trazó Bruce una descripcion y un dibujo, habita todo el norte de Africa, pero no se le halla sino en el verdadero desierto, particularmente en los oasis ricos en agua, que se parecen á las estepas, sin tener su fertilidad. El fenec escasea mucho en todas partes, sin contar que su prudencia y desconfianza dificultan por demás su caza, por cuya razon no figura con frecuencia en las colecciones y museos.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Hasta estos últimos tiempos era desconocida la historia natural del fenec, aun cuando se contaban de él las cosas mas sorprendentes, asegurándose que vivia sobre los árboles como los gatos, y que se alimentaba menos de pájaros que de dátiles y frutos. Ruppell fué el primero en rectificar estos errores, presentándonos al fenec como un zorro; pero su descripcion es demasiado corta, incompleta é insuficiente. Mi amigo y compañero de viaje, el doctor L. Buvry, que tuvo ocasion de observar á este animal, así en libertad como cautivo, me ha facilitado datos mas completos: una parte de ellos me han servido ya para escribir las líneas que preceden, y aqui van los demás:

«Las formas del fenec revelan sus cualidades: sus delgadas piernas indican ya la ligereza; y por la expresion de la fisonomía, adivinase su penetrante vista, la sutileza del oido, su prudencia y su astucia. No hay zorro mas cumplido que este hijo del desierto.

»El fenec practica una madriguera lo mismo que el zorro, estableciéndose con preferencia en las inmediaciones de las jinetas espinosas, que representan toda la vegetacion del desierto en Argel; esto lo hace probablemente porque allí donde crecen estas plantas es el terreno mas firme. Las galerías de su guarida se hallan generalmente á flor de tierra, y el espacio circular, que no es muy profundo, está tapizado de fibras de palmera, de plumas y de pelos, observándose que reina siempre en él mucha limpieza. El fenec socava maravillosamente; sus patas delanteras trabajan con tal actividad y ardor, que apenas se puede seguir el movimiento con la vista; y esta aptitud le salva muchas veces la vida; pues cuando le acosan se hunde debajo de tierra. Acompañado de algunos árabes, perseguíamos cierto día á caballo á un fenec: de repente desapareció sin saber por donde; mas yo, que conocia su astucia, eché pié á tierra, y practicando una excavacion en el sitio donde se le vió últimamente, saqué al animal vivo de su retiro, en medio de los gritos de alegría de mis compañeros.

»Al decir de los indígenas la hembra pare en el mes de

marzo tres ó cuatro pequeños, que nacen con los ojos cerrados; tienen formas muy graciosas y su pelaje es amarillento. La madre profesa á su progénie tanto cariño como el zorro.

»Durante el día duerme el fenec en su madriguera; se enrosca y oculta la cabeza bajo la cola, dejando únicamente las orejas al descubierto. Si se le sorprende gime como pudiera hacerlo un niño, manifestando así su descontento.

»Al ponerse el sol abandona la madriguera para dirigirse á los abrevaderos, mas no atraviesa las colinas de arena, sino que camina entre ellas á fin de estar siempre oculto. Las fuentes de los oasis consisten por lo regular en un agujero practicado en forma de embudo, pues el terreno arenoso, cortado por lechos de arcilla, no permitiría formar un pozo con paredes verticales. Al rededor de dichas fuentes se halla siempre húmeda la tierra, y por esto queda impresa la huella del fenec, pudiéndose ver la conformación particular de los piés, cuyos dedos están muy unidos y tienen uñas muy salientes, sobre todo en las patas posteriores.

»El fenec va primero á la fuente, donde bebe hasta la saciedad, y para satisfacer luego su apetito, comienza á buscar pajarillos, que constituyen su alimento preferido. Entonces se le ve entre las colinas de arena, entre las rocas y las yerbas de los oasis, por donde se desliza con la mayor cautela, escuchando y mirando hácia todos lados; nada escapa á su penetrante vista, y sus oídos perciben el mas ligero rumor.

»Desgraciada la golondrina del desierto que se halla á su paso, si en vez de salvarse con rápido vuelo, se ocupa tan solo de sus trinos y deja oír una sola nota! ¡Desgraciada la perdiz perseguida por el carnicero, porque ella es su presa favorita, y con una sola puede satisfacer su apetito y hasta el de toda la familia! Si en alas del viento llega hasta el fenec el olor de una bandada, ó cae sobre una pista, el animal la sigue atentamente, con el hocico pegado á tierra, y avanza sin ruido, silencioso é invisible. Conoce muy bien la perdiz; su mirada es tan segura como penetrante; una piedra, un monton de arena del mismo color no bastan para engañarle nunca; y además le sirven de poderosos auxiliares su fino oído y la sutileza de su olfato. Por leve que sea el rumor que produce la perdiz al entrar en su nido; por ligero que sea su movimiento, cuando ya medio dormida, trata de ponerse en seguridad; por imperceptible que nos parezca el olor que deja á su paso, todo esto es mas que suficiente para herir los delicados sentidos del fenec. Apenas reconoce algun indicio, avanza, rastrea, se detiene detrás de una breña; brillan sus ojos, enderézanse sus orejas, y tiende el cuello hácia el pájaro, que duerme confiado en su seguridad. Todo es entonces vida en el fenec, y á pesar de ello, ni un solo movimiento revela su presencia; permanece algunos instantes inmóvil y como petrificado; luego da un salto, oyesse un ligero ruido y la pobre perdiz cae prisionera. Las demás huyen en desórden, aleutando aturdidamente; revolotean al azar en la oscuridad, y se dejan caer de nuevo entre las yerbas, ignorando cuál es el visitante nocturno que así las ha espantado. Persigue el fenec sin distinción á las viejas y á las jóvenes, destruye crias enteras y hasta devora los huevos. Si le falta este alimento, come insectos, principalmente ortópteros, lagartos, gerbos y otros pequeños roedores. Yo he visto con frecuencia los pelos de estos animales en las madrigueras del fenec.

»También visita las plantaciones de palmeras, pues le gustan mucho los dátiles; sin despreciar las sandías como los zorros.

CAZA.—Se coge al fenec con lazos que se colocan de día á la entrada de su madriguera, ó bien se descubre esta, aunque el medio es poco seguro. Este animal no corta el lazo

con que se le ha cogido, como lo hace nuestro zorro, ni lo intenta tampoco, aunque se haya estrechado el nudo por los esfuerzos del prisionero y le corte la carne. Débese esto, sin duda, á que la mandíbula es muy débil y nada á propósito para roer cuerpos duros, puesto que los músculos no tienen suficiente vigor. Tres individuos vivos me dieron una prueba de ello: cuando no estaban libres, ó mejor dicho, cuando no se les podia dejar correr por la habitacion, encerrábanlos en una jaula pequeña con un enrejado de madera de pinabete, que apenas tendria tres centímetros de espesor. Los fenecs estaban toda la noche al lado y nunca consiguieron cortarle.

CAUTIVIDAD.—»Cuando se halla cautivo este animal, sobre todo si se le ha cogido jóven, llega á ser un compañero tan animado como agradable: se domestica muy pronto y se encariña con su amo; y hay muchos individuos que le siguen, salen, entran y vuelven por la noche á su jaula. No vive en buena armonía con sus semejantes: si se ponen varios fenecs juntos se muerden con frecuencia, y las hembras, particularmente, sufren mucho por los malos tratamientos de los machos; yo he visto á uno que acabó por matar á su compañera.

»A todos mis cautivos les gustaba el calor mas que otra cosa alguna, tanto que varias veces se quemaron los pelos y las patas en las cenizas aun calientes de la chimenea. Era preciso preservarles del fuego, pues de lo contrario, metíanse en medio de él. Cuando comía yo, echábase á mis piés mi fenec favorito y recogía todo cuanto iba cayendo de la mesa; el pan y la leche eran su alimento preferido. En mi cuarto habia varias jaulas con pájaros, los cuales llamaban mucho la atención del fenec; permanecía horas enteras observando sus movimientos, y revelábase entonces en su fisonomía el deseo de apoderarse de aquella presa.

»Cuando se le trata bien, este animal puede vivir mucho tiempo cautivo. El mio subsistió aun dos años mas en el jardín zoológico de Berlin, donde murió por un accidente imprevisto. Cierto día, siguiendo á su guardian, á quien acompañaba por todas partes, penetró en la jaula de un chacal, que le mató al instante, con gran sentimiento de todos cuantos conocian al pobre fenec.

»Es preciso preservar del frío á estos hijos del Sahara, pues de lo contrario contraen una enfermedad de ojos que les produce la muerte.»

En estos últimos años han existido fenecs en diferentes jardines zoológicos; y yo he visto dos en el Jardín de Plantas de Paris. A causa del frío fué necesario ponerlos en la parte mas abrigada, donde iban los guardianes pocas veces, y por esto era su alegría mucho mayor cuando les visitaba álguien. Parecian volverse locos, saltaban en todos sentidos, gritaban de contento y dominábales la mas viva excitacion.

Para terminar, diré con mi amigo el doctor Buvry, que el fenec es de todos los zorros el mas dócil y gracioso.

LOS OTOCIONES—OTOCYON

Todas las especies de zorro hasta aquí citadas no difieren del carácter general por lo que mira á su dentadura, y representan, por consiguiente, grupos que en rigor no se pueden llamar familias; por el contrario, las especies que vamos á describir, son diferentes de las ya estudiadas, no solo por sus caracteres exteriores, sino que también por su aparato dentario, y merecen, por lo tanto, nuestra particular atención.

EL OTOCION DE GRANDES OREJAS— OTOCYON MEGALOTIS

CARACTERES.—El otocion ó perro de grandes orejas (*otocyon cafer*, *canis Lalandii*, *agrodus*, *otocyon Lalandii*) está

